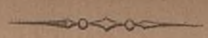


15 Oct. 78.  
20091

TÍFUS ICTERODES

o

FIEBRE AMARILLA.



MADRID.

1878.

5829

L47 - 8517



72-3<sup>a</sup> 247-8517

# TÍFUS ICTERODES

Ó SEA

## FIEBRE AMARILLA O VÓMITO NEGRO.

SU DESCRIPCION Y TRATAMIENTO

POR

D. Angel Alvarez de Aranjó y Cuéllar.

*Angel Alvarez de Aranjó y Cuéllar*

MADRID.

1878.

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA.

Ref. 9. 10. 390. 16. 90-

---

Esta obra es propiedad de su autor,  
el que hará uso de los derechos que  
la Ley le concede.

---

## ADVERTENCIA.

---

Para los europeos que se trasladan á América, y muy especialmente para los españoles, es interesante el conocimiento de la fiebre amarilla ó vómito negro, y el de su tratamiento; los estudios que de medicina tenemos hechos desde 1851 que los comenzamos, nos permite recopilar cuanto pertinente sobre la materia se ha escrito, por verdaderas autoridades médicas; está dicho el objeto de este tratado.



## INTRODUCCION.

---

Si se examinan las obras de los prácticos más célebres, parece que desde la más remota antigüedad ha reinado la fiebre amarilla en los climas cálidos, modificada por la diversa constitucion de los individuos y por las variaciones del clima, los historiadores médicos modernos pretenden limitarla á la América, en donde suponen se manifestó dos siglos despues de su descubrimiento, empezando por la del Norte y corriéndose á la del Sur, y lo mismo en climas frios que cálidos.

Sea de esto lo que se quiera, lo cierto es que una temperatura húmeda y cálida es de un valor positivo para el desarrollo de la fiebre amarilla, la cual siempre parte de uno ó varios puntos centrales, invadiendo las cercanías; se comunica por la respiracion del ambiente, que tiene en suspension el gas deletéreo que causa la enfermedad, y cuya accion es más ó ménos penetrante segun las susceptibilidades individuales, exactamente como sucede en las enfermedades por infeccion, el temperamento sanguíneo y el bilioso se hallan en mayor susceptibilidad. La *psora* y la *sífilis*, como causas predisponentes, merecen particular atencion. Este gas deletéreo, para obrar, debe encontrarse en cierto

estado de condensacion, y combinado y mezclado con una masa considerable de aire, viaja con él y esparce el mal y la muerte por donde quiera que pasa. En Europa sólo se le ha conocido en España é Italia, y en sus costas más que en el interior.

Los casos aislados de fiebre amarilla, particularmente los que se verifican bajo una atmósfera pura, en un paraje elevado sobre el nivel del mar, fresco y ventilado, no esparcen la enfermedad; no hay ejemplo de ello.

Así, en esta enfermedad, lo más importante en países que no reina endémicamente, es el destruir el foco de infeccion alejando de él las personas y hasta los enfermos, colocando á éstos en parajes altos, aislados y ventilados, pues por lo que hace á esta enfermedad somos materia combustible.

Es un absurdo el creer que el cloruro de cal y las demás fumigaciones destruyen el miasma de la fiebre amarilla; lo que sí se ha observado es, que con preferencia le absorbe en gran cantidad el carbon de leña, y tanto más cuanta más superficie presente reducido á polvo, se ha visto que algunos cubos llenos de él han bastado para desinfectar todo un navío; así que este medio es el que se ha de emplear para desinfectar habitaciones, hospitales; y para preservar cuarteles, casas y demás sitios en que hayan de reunirse las gentes: tambien los cadáveres deben cubrirse con carbon en polvo, en la seguridad que por este medio no hay que temer que los cementerios sean focos de infeccion, y esto debia hacerse



en todo tiempo, desterrando el uso de la cal que se ha introducido ahora, que destruye el cadáver no absorbiendo los miasmas; efecto completamente contrario al del carbon que absorve los gases morbíficos, conservando el cadáver sin olor y sin perjuicio para la salud pública, y la familia no experimenta el disgusto de ver desaparecer los restos de una persona querida, al poco de perderla.

---



## IMAGEN DE LA ENFERMEDAD

Y

### FENÓMENOS CONSECUTIVOS A SUS DISTINTOS PERIODOS.

---

#### PRIMER PERIODO.

Calofrios; abatimiento mayor ó menor de las fuerzas musculares; dolores ligeros en todas las articulaciones, y más en las *femoro-tibiales*, notando el enfermo un fuerte cansancio que le obliga á decir que está como si le hubiesen apaleado; piel regularmente seca y urente; cabeza muy pesada, y dolor gravativo supraorbitario, notando algunas veces dolor en el cerebelo; ojos centelleantes y secos, conjuntiva inyectada; no puede soportar por algun tiempo la luz; rostro encendido; nariz seca; lengua blanquecina en el centro, con bordes y punta encarnados, pastosa ella y algo súcia, algunas veces gusto de la boca amargo, soso, y con ningun apetito, sed más ó ménos pronunciada; ligera sensibilidad en el estómago; vómitos biliosos muy á menudo; constipacion de vientre y algunas veces timpánico,

orinas escasas y encendidas; dolores en la region de los lomos muy marcados, opresion ligera en el pecho, el pulso lleno, duro y frecuente, segun sean las circunstancias de robustez que acompañen al invadido, falta de sueño, y algunas veces semi-amodorrado, exhalando algun quejido.

En Rio-Janeiro, la enfermedad se presentó por primera vez en 1850; generalmente acometia por la noche, ó en la madrugada, cuando el individuo se preparaba á levantarse de la cama; la invasion se anunciaba por un frio extremo, con gran horripilacion, enteramente semejante á la que anuncia un acceso de fiebre intermitente ó remitente, seguido de todos ó parte de los fenómenos ya dichos.

En Nueva-Orleans, las accesiones semejaban á la de otras muchas enfermedades, especialmente las gástricas ó producidas por enfriamientos, hasta que venian los síntomas característicos de la enfermedad.

#### SEGUNDO PERIODO.

Aumentan los fenómenos que hemos descrito; además una ansiedad muy notable, dolor muy sensible en la boca del estómago, tanto, que á veces no se puede soportar el ligero peso de la sábana; el enfermo no se está quieto, sino en continua agitacion, con abatimiento notable de fuerzas; el brillo de los ojos bastante apagado, y con la conjuntiva de color amarillento; pulso irregular y frecuente; piel seca como el pergamino y quemante; marcánse un conjunto de fenómenos que señalan, por la adinámia y decadencia de

la fuerza vital, que está el enfermo muy cercano al tercer período, como son sub-delirios, con intermitencia, más ó ménos dilatada, sanguificación en las encías, etc.

Los síntomas de este período se manifiestan generalmente despues de una intermitencia ó mejoría aparente, que dura no sólo horas, sino hasta días, en términos, que no sólo engaña al enfermo y personas que le asisten, sino hasta al médico más experimentado, que cree en la cura de un caso benigno, y sin embargo, los signos que hemos descrito, vienen bien pronto á sacar á todo el mundo de la creencia de la cura para entrar en nuevas angustias sobre el estado del enfermo.

Algunas veces, aunque raras, en lugar de los prodromos, se ve presentarse los síntomas del primer período, enteramente semejantes á los de una fiebre intermitente grave, ó á los de una remitente con exacerbaciones nocturnas; en este caso, ordinariamente en la tercera accesion, se reconocen de una manera evidente los síntomas característicos de este segundo período.

#### TERCER PERIODO.

Total abatimiento muscular y moral; color amarillo de toda la piel, delirio feroz, movimientos sardónicos, mirar fijo, ni oye ni conoce, hemorrágia negruzca de las encías, vómitos acafetados y sarrosos, hemorrágia por el ano, nariz afilada, lengua seca, rasposa como una lima, y de color aterciopelado, formando en los más una línea á manera de escapulario; dientes sarrosos; sudor pegajoso; pulso fili-

forme é intermitente; carphología; petequias; postracion suma, alterada con movimientos convulsivos, una verdadera imágen hipocrática. En algunos, este período se presenta cual la rapidez del rayo, y los fenómenos más alarmantes del tercer período son el triste y lastimoso retrato del enfermo. ¡Estado fatal que, rápido cual la invasion, le conduce al sepulcro!

Desgraciadamente, el enfermo que llega á este tercer período, generalmente sucumbe, por ser impotentes el arte y la naturaleza para conservar la vida.

Ordinariamente hácia el quinto ó sexto dia de enfermedad vienen los síntomas graves y la muerte, rara vez ántes ó despues.

## TRATAMIENTO DE LA FIEBRE AMARILLA.

La antigua Escuela de Medicina, ó sea la Alopátia, impotente ante esta enfermedad como ante otras muchas que afligen á la humanidad, pero no inactiva, ha empleado para combatirla cuantos medios tiene á su alcance, dada su terapéutica y materia médica, preconizando hoy unos para abandonarlos al dia siguiente: así se ha visto á Moselay y Ruzh aconsejar la sangría *usqua ad deliquium animi*, y á Clark, Valentin y Anderson reprobarlo altamente; á Roche y Samson aconsejar los demulcentes y refrigerantes, proscribiendo absolutamente los vomitivos y purgantes cuando Arejula, Bryse y Blanc aconsejaban el emético, la sal catártica, la quina y la serpentaria; y que mientras Jackson y Lean miran como único medio de salvacion el baño frio, precedido del caliente, Say Pennington, Leib, Poter, Annau, Mease é Iwalkar, fundan sus esperanzas de curacion en el calomelano á alta dosis, habiendo este último médico llegado á administrar á un enfermo, en el

espacio de ocho días, ¡525 granos, dándole en fricciones en las encías 600, y untándole en el cuerpo diez onzas del unguento mercurial!

Para que nada faltase á esta anarquía médica, un tal Humboldt escribió al Capitan general de Cuba en 1854 diciéndole que era doctor en medicina de las facultades de Berlin, Viena, Montpellier y Méjico, manifestándole que habia encontrado un preservativo de la fiebre amarilla por inoculacion, y que se prestaba á trasladarse á la Habana y hacer las experiencias por sí mismo, sin que por ello aceptara recompensa alguna.

Dado el consentimiento por aquella autoridad, fué efectivamente en Noviembre; se hizo la inoculacion á las clases de tropa y á los que no lo eran, mediante 170 rs., y hasta 4.080 por persona, dando recibo, con la cláusula de devolver el dinero al que fuese invadido. Como entónces no habia vómito en la isla, y como á los inoculados no les resultó daño alguno, el vulgo no escaseó sus alabanzas al doctor y le hubieran erigido una estatua; el desencanto vino cuando á fines de Mayo siguiente empezó en la Habana á reinar endémicamente la fiebre, y se encontraron que atacaba á los inoculados como que á los que no lo habian sido, y que lo mismo morian unos que otros; dicho se está que ni el autor quedó para presenciar tal desastre, ni se devolvió á nadie el dinero recibido; y no podia dar otro resultado el famoso preservativo, que consistia en un líquido formado por la descomposicion pútrida de un pedazo de hígado de carnero, en el cual hubiera mordido cinco ó seis



veces la pequeña víbora de Anahuac (de las cercanías de Méjico,) y se haya dejado cubierto de agua destilada en una vasija bien tapada, sin emplearla hasta que el contenido esté en plena putrefaccion; como contraveneno de esta inoculacion, el autor daba un jarabe compuesto de rui-barbo, goma gutta, ioduro de potasio y huaco. (Mikania huaco.)

Esto nos trae á la memoria los 300 y tantos medios diferentes empleados por la Alopátia contra el cólera morbo, en que los hay tan originales como este, y de los que diños noticia en un artículo publicado oportunamente hace años en un periódico médico.

Natural es que tal desconcierto haya colocado á ciertos médicos en la inaccion ante el enfermo, empleando sólo los medios higiénicos y que otros hayan recurrido al remedio usado por los curanderos desde principios de este siglo, que consistia en dar aceite comun á beber y en labativas, y que hoy se ha modificado, tomando repetidamente cucharadas de aceite comun con gotas de zumo de limon, remedio vulgar usado por las familias, que viendo los desastrosos efectos de las evacuaciones sanguíneas, vegetarios, calomelanos y quina, temen llamar al médico que puede recetarlos.

No pudiendo darse por vencida la medicina alopática, ha recurrido á las autopsias y se ha encontrado con que la diseccion del cadáver manifiesta un contenido en el estómago de materia negra como la de los vómitos, que evidentemente es sangre descompuesta, y que algunas veces esto va

unido al reblandecimiento de la membrana mucosa de estómago, con grandes placas equimósicas; la lesión patológica, que casi siempre se presenta, es el aspecto amarillo ó color de goma gutta, del hígado, pero sin cambio notable de su volumen ni de su consistencia; en vista de todo, la antigua ciencia médica ha declarado que esta afección tiene todos los caracteres principales de las fiebres palúdicas ó miasmáticas perniciosas, con síntomas biliosos é intestinales, en lugar de los pulmonares y cerebrales que tienen ordinariamente en otros climas (y sin embargo de esta asercion, hay casos en que se presentan). Consecuencia de esto, las fumigaciones, el uso del cloruro de cal para desinfectar, etc., estableciendo el tratamiento siguiente:

Una aplicación de ventosas sobre la región epigástrica, ó bien grandes vegigatorios para disminuir los síntomas gástricos, al mismo tiempo administrar ligeros laxantes para combatir desde el principio la constipación; más tarde bebidas ligeramente aciduladas como limonadas, ó bien agua cargada de ácido carbónico tan fría como se pueda; hielo en terrón, en fin, todos los medios posibles para disminuir la sed y combatir los hipos y vómitos, y sin embargo de todo, la escuela racionalista no estará muy segura del buen efecto de esta medicación, cuando ella misma declara que el *Tratamiento de la fiebre amarilla está todavía muy mal establecido*, es decir, que después de siglos, lo único positivo que ha hecho ha sido dar á esta enfermedad un nombre científico, llamándola *Tifus icterodes*

No culpamos á los médicos; al contrario, son dignos

de alabanza y hasta de admiracion por su abnegacion, prontos siempre á sacrificar sus vidas por ver de conservar la de sus prógimos, profesion santa, digna de toda recompensa, y los admiramos tanto más, cuanto que en esta ocasion, como en otras muchas, van al peligro complemente desarmados, y á conciencia de ello, porque tal es la terapéutica y materia médica alopáticas que frente á frente de una enfermedad, completamente conocida hasta en sus más mínimos detalles, despues de siglos, no está más adelantada que el primer dia, y el empirismo es dueño del campo.

La Escuela moderna de medicina, la homeopatía, que con razon la llama el Dr. Espanet, la medicina exacta, dados sus principios no desmentidos en ninguna ocasion; formuló desde luego el tratamiento conveniente á la fiebre amarilla, como lo hizo cuando se trató del cólera, y de la epidemia en Alemania de fiebre escarlatina, que fué la primera que se le presentó á raíz del descubrimiento del dinamismo vital, morboso y medicamentoso: en esta escuela no tiene lugar el empirismo.

El Dr. Hering, de Filadelfia, no sólo proclama como medio absoluto de desinfeccion el carbon de leña reducido á polvo, y puesto en vasijas que presenten gran superficie para facilitar la absorcion del miasma, sino que aconseja el *carbo vegetabilis* en sus diferentes diluciones como medio preservativo, tomándole con la frecuencia conveniente segun la intensidad de la epidemia; así unas veces habrá que dar una dosis (dos ó tres glóbulos de la 30 dilucion en una

cucharada de agua) al dia, como en otras cada dos, ó cada tres; téngase entendido que estos preservativos obran como la vacuna respecto á las viruelas, que no es condicion absoluta el no ser atacados del mal, sino serlo benignamente.

*Aconitum, belladonna, bryonia, rhus, etc.*, pueden ser tambien preservativos, segun la forma en que se desarrolle la epidemia, y sobre esto, sólo los médicos de la localidad pueden ser los que aconsejen uno ú otro, ó varios.

El Dr. Hering encuentra gran analogía entre los síntomas de *carbo vegetabilis* y los de enfermedad, y aconseja su uso en el principio de ella, asegurando que una sola dosis de alta dilucion basta á veces á destruir el mal en su origen, y que de todas maneras le modifica ventajosamente.

Si despues de esta toma, el enfermo llega á presentar síntomas de los descritos en el primer período, el *acónitum* y la *belladonna* alternados los combaten de una manera segura; raro es el enfermo que con su uso no combalezca en él: estos medicamentos no se dan de baja dilucion, sino de alta, ó cuando ménos, de la 30; es cosa sabida que cuanto más rápida es una enfermedad y más grave, más pronto y mejor obran los medicamentos homeopáticos á altas diluciones que á bajas; lo mismo sucede en el cólera morbo, como lo ha demostrado Boenninghausen empleando constantemente, y con gran éxito, la 200 dilucion, que es la que en general aconsejamos para todos los medicamentos que hayan de darse en esta enfermedad.

Esto no excluye los casos en que sea necesario hasta

emplear las primeras trituraciones ó diluciones, porque en homeopatía, cada enfermo es un caso particular, que debe tratarse con arreglo al cuadro de síntomas que presente, y no por el nombre de la enfermedad; así los habrá, aunque no muchos, que despues del *acónito*, que éste siempre hay que dar y repetir al principio del mal, convenga *bryonia*, *nux*, *pulsatilla*, *árnica*, etc.; éste último si el enfermo cae en estupor, con mal gusto de boca, y responde que está bien cuando le preguntan por su estado; si éste fuera comatoso, el *opium* es de utilidad; como esta enfermedad no es posible tratarla sino bajo la direccion de un médico, ó de una persona muy versada en la homeopatía, no hacemos más que nombrar los medicamentos que la teoría indica, y que la práctica ha sancionado constantemente; la eleccion del uno ó del otro, la tiene que hacer el médico, dada la situacion del enfermo; para la eventualidad de que no hubiese ninguno, ni persona conocedora que dirija el tratamiento; para este caso tan excepcional, nos permitimos indicar á la persona que cuida al enfermo, que si está en el mismo principio del mal, le dé cuatro glóbulos de *carbo vegetabilis*, 30 dilucion, puestos y disueltos en una cucharada de agua, y que espere un par de horas el resultado; si éste fuera favorable, aguarde más, porque pudiera suceder no necesitase más medicamento; si el alivio se detiene, repita el medicamento y espere igualmente el resultado; si la enfermedad continúa su marcha, presentando los síntomas descritos en el primer período, póngase seis glóbulos *acónitum* 30 en medio vaso de agua, y bien disueltos.

dése al enfermo una cucharada, aguardando el resultado una ó dos horas lo más, para obrar segun queda dicho, repitiendo el medicamento, ó preparando en otro vaso *belladonna* 30, como se ha hecho con el *acónitum*, y dando al enfermo una cucharada, esperando igualmente el resultado, volviendo á las dos horas al *acónito*, y luego á las otras dos á la *belladonna*, y así alternando, continúese hasta el restablecimiento del enfermo, retardando las tomas, de dos en dos horas, si sigue el alivio. Si en los síntomas del primer período predominasen los gástricos, es decir, los vómitos, dolores de estómago, náuseas, etc., *bryonia* 30 seria el medicamento que habria que dar despues de *acónito*, y á las dos horas al ménos, esperando el resultado para repetir, ó dar *nux vomica*, si no hubiera producido buen efecto la *bryonia* despues de la segunda dósis: la *pulsatilla* está tambien indicada cuando los dolores del cuerpo son muy molestos, así como los síntomas gástricos, y cuando se trate de una mujer ó persona de carácter dulce: no es posible precisar más de antemano el tratamiento, para quien esté falto completamente de conocimientos sobre la materia.

En el segundo período convienen *nux vomica*, *acidum nitricum*, *mercurius solubilis*, *rhus*, y sobre todo *carbo vegetabilis*, *arsenicum*, y *veratrum album*, administrados segun los casos é indicaciones terapéuticas, repitiéndolos con arreglo á la intensidad del mal cada media hora ó ménos, hasta que se presente el alivio, el que hará retardar cada vez más las tomas.

Pueden hacer falta como intercurrentes el *opium* por el

excesivo decaimiento de fuerzas vitales, y el *sulfur* por existir en el enfermo vicio psórico que inutilice parte de la acción de los medicamentos, así como *china* por el estado de debilidad.

Al enfermo privado de asistencia médica, puede dársele, al principio del segundo período, *carbo vegetabilis* 30 dilución, seis glóbulos disueltos en agua, y de ésta una cucharada cada hora ó cada dos, según la intensidad de los síntomas, no insistiendo en este medicamento si no hay alivio á la segunda toma, recurriendo al *arsenicum* 30, suministrado en igual forma, cuando hay grande agonía, dolores ardorosos y gran sed; si á esto se uniera orinas escasas y ardorosas, en lugar de *arsenicum*, se dá *cantharis* 30; si el enfermo se quedase frío y las deposiciones fuesen negras, se le dá *veratrum album* 30, como queda dicho para el *carbo vegetabilis*.

En el tercer período de la enfermedad habrá casos en que puedan ser de utilidad *argentum nitricum*, *digitalis purpurea*, *secale cornutum*, *acidum phosphoricum* y también *arsenicum album*, y *veratrum album*, si el enfermo no los hubiese tomado ántes; y como últimos medicamentos, puede darse *lachesis* y *crotalus* aunque esté en la agonía.

Al que no esté asistido por médico, puede tomar en este período *arsenicum* 30 dilución, seis glóbulos disueltos en medio vaso de agua, una cucharada cada media hora, y si no bastase, *lachesis* 30 en igual forma.

Los medicamentos citados son los que en general hay que consultar para tratar la fiebre amarilla con éxito, en

sus diversos períodos, sin que esto excluya el de otros muchos de la materia médica hanhemamiana, que pueden hacer falta en casos dados, y que sólo el médico que asista al enfermo, es el que puede conocer y ordenar su uso.

Con objeto que las personas poco familiarizadas con la homeopatía puedan hacer una buena eleccion de medicamentos para cada caso, ponemos á continuacion las indicaciones que ha formulado el distinguido Dr. Taft, de Nueva-Orleans:

*Aconitum*.—Fiebre más ó ménos violenta; pulso duro y frecuente; calor seco y piel ardiente, mezclado algunas veces con horripilaciones; mucha sed; mejillas encendidas; ojos encarnados y sensibles, ó sólo extriados de sangre; lengua natural ó con una capa blanquecina ó viscosa; labios secos; dolor supra-orbitario; vahidos al incorporarse; orina escasa y encendida; náuseas, y aún vómitos; dolores de magulladura en los miembros y en los riñones; ansiedad, agitacion, y alguna vez delirio.

Si á beneficio de este medicamento se juzgase la enfermedad por sudores copiosos, ó deposiciones biliosas, seguidas de bienestar, y quedára sólo la debilidad é inapetencia consiguientes, algunas dosis de *china* y una alimentacion ténue y pausada, bastarian para el restablecimiento de las fuerzas.

Dicho se está que durante la administracion de los medicamentos que han de combatir la enfermedad, ha de guardarse una dieta rigorosa, no dando más que agua natural, ó panada, ó sustancia clara de arroz, ó tambien le-



che con agua por mitad, y procurando que no se interrumpian los sudores en los primeros dias.

Si los primeros síntomas consistieran en vahidos, calofrios leves, dolores de espalda y miembros, sensacion molesta en el epigastrio, con náuseas, vómitos y sensacion de desmayo, debe darse *ipecacuanha*, la cual puede tambien ser útil, como intercurrente, en el curso de la enfermedad.

La *belladonna* tiene una indicacion precisa, si la cara está encendida y abotagada, los ojos encarnados, centelleantes ó fijos, radiantes y saltones, lengua amarilla ó parduzca, sed abrasadora, calor seco y quemante, con pulso variable; dolores agudos de cabeza ó de latido; dolores calambróideos en la espalda, riñones y piernas; inclinacion á vomitar ó vómitos violentos. Este medicamento, conveniente, sobre todo en el primer período, podrá administrarse despues de acónito, ó alternando con él.

La *bryonia* tiene tambien sus síntomas característicos, que pueden hacerla necesaria, y áun preferible á *belladonna*, despues del *acónito*, cuando hay piel amarilla, ojos encendidos ó vidriados y llenos de lágrimas, lengua seca con mucha sed, pulso lleno y rápido, ó débil y rápido, dolor agudo en el estómago, con vómitos despues de beber y dolores en la espalda y miembros, que se aumentan con el movimiento; dolor de cabeza y de los ojos al moverlos; ansiedad y terror por el porvenir; pérdida de memoria, delirio.

El *rhus toxicodendron*, como uno de los principales

medicamentos para las formas tifoideas, encuentra su aplicacion en la fiebre amarilla, cuando hay color amarillo súcio de la piel, ojos vidriados y hundidos, lengua seca y negra, lábios secos y parduzcos, pulso débil y vivo, delirio ó letargo, respiracion ruidosa, quejido constante, náuseas y vómitos, diarrea, parálisis de las extremidades inferiores, espasmos en el abdómen, disfagia, inquietud constante, inteligencia turbada.

En el segundo período, *arsenicum* responde al color amarillo ó azulado de la cara, ojos apagados ó hundidos, con una marca oscura debajo de ellos; esclerótica amarilla, nariz afilada, frialdad y sudor pegajoso, lábios y lengua negruzcos; vómitos violentos de bilis verde ó de una masa morena, negruzca, mezclada con sangre; vómito con gritos lastimosos, vómito de sangre, pulso débil, desigual ó frecuente; debilidad extrema, suma postracion de fuerzas, dolores agudos, quemantes en el estómago; deposiciones con tenesmo ó diarrea involuntaria, calambres, respiracion ruidosa, opresion de pecho, rechinamiento de dientes, miedo á la muerte.

*Veratrum album* corresponde á muchos síntomas de los de *arsénico*; pero la frialdad de la cara, con sudor frío, es mayor; los piés y manos están frios, con temblores y calambres; la sed es intensa, los vómitos son de bilis verde, mucosidad ó bilis negra y sangre; las deposiciones son tambien negruzcas, con calambres en el estómago y abdómen. Hay inquietud, pérdida de conocimiento ó modorra.

*China*, es indispensable para combatir la debilidad pro-

funda que dejan las pérdidas producidas por los vómitos y las hemorrágias, y muchas veces contribuirá á corregir estas mismas evacuaciones.

Aún podrán encontrar su utilidad en este período de la enfermedad, en ciertas ocasiones, el *phosphorus*, *nux vomica*, *mercurius solubilis*, *pulsatilla*, *lachesis*, *crotalus*, *cantharis*, *carbo vegetabilis*.

*Cantharis*, cuando á las hemorrágias del estómago, frialdad y calambres en piés y manos ó insensibilidad general, se ha unido la supresion de orina.

El Doctor Holcombe obtuvo grandes resultados en la epidemia de 1867 en Nueva Orleans, con el uso de *lachesis* y *crotalus*: asegura que *lachesis* es el específico cuando la enfermedad ataca de preferencia el sistema nervioso, y *crotalus* cuando ataca al vascular; por lo tanto, *lachesis* debe darse en el primer período, y *crotalus* en el segundo, cuando se presenta la demacracion, las hemorrágias y la ictericia.

El régimen ha sido siempre severo, y muy parca la alimentacion en la convalecencia.

---



## ESTADÍSTICA.

---

El tratamiento alopático dá por término medio un 60 por 100 de mortalidad; el dato más favorable que registra este sistema, es el obtenido por D. Tadeo Lafuente, médico consultor de los reales Ejércitos, que fué nombrado en 1804 Inspector de la salud pública por el General Castaños, para ir al pueblo de los Barrios (campo de Gibraltar) donde habia indicios de fiebre amarilla; efectivamente la hubo, y en union del Dr. Bobadilla, asistieron á 279 enfermos, de los cuales sucumbieron 112; es decir, que la estadística arroja un 40 por 100 de mortalidad; esta diferencia sobre todos los otros tratamientos alopáticos, no hay que concedérsela, como la experiencia lo ha demostrado luego en otras localidades, al uso de la quina á grandes cantidades que fué el exclusivo medicamento empleado para combatir la fiebre en sus períodos; la ventaja la obtuvieron en el primero, porque en el segundo la cifra de mortalidad fué la de un 65 por 100, y nada se dice de las malas consecuencias de la quina, sino que los padecimientos consecutivos á su uso, se los aplicaron á la enfermedad, ignorando la cifra de mortalidad que esto causaria, que es probable que añadida á la anterior, resultara la de siempre, un 60 por 100;

el beneficio en esta ocasion no fué debido al uso de la quina, sino al establecimiento de chozas pequeñas en el campo, distantes unas de otras 18 varas, á donde fueron trasladados los enfermos encerrando cada una de ellas un sólo paciente, con el número de interesados que quiso llevar en su compañía; estas chozas bien construidas y compuestas de ramaje y palma, daban fácil paso al exterior por todas sus rendijas, como por una criba, de los miasmas contagiantes que emanaban de los cuerpos, ropas y muebles infectados; así fué que los enfermos recobraron con más facilidad la salud, y que ni una de las personas que los asistieron cayeron malos en más de mes y medio que duró el campamento, á pesar de ser en los meses de Noviembre y Diciembre, y del roce continuo de más de cien personas que asistian á los enfermos, y que dormian casi en sus mismas camas, cuando en la poblacion cada cuarto de enfermo, era un foco de infeccion: es, pues, evidente la ventaja de colocar de este modo á los atacados de la fiebre amarilla, y lo recomendamos á las Juntas de sanidad.

La estadística del tratamiento homeopático es sumamente satisfactoria; reduce la cifra de mortalidad en esta enfermedad á la de las más sencillas y ordinarias: un 5 por 100 de fallecidos en la asistencia domiciliaria, y un 7 por 100 en la hospitalaria, son en general sus cifras; obteniendo curas aún entre los enfermos que han llegado al tercer periodo, como lo dicen, el Dr. Carvalho, de Rio-Janeiro, y el Dr. Bramon, de Santiago, en la isla de Cuba.

No tiene, pues, nada de particular que el Dr. Escofet,

en Octubre de 1846, á los 18 meses de su práctica homeopática, dijera que no tenia observaciones de la fiebre amarilla en su segundo y tercer período, porque todas las habia curado en el primero.

El Dr. Castre, de Nueva Orleans, escribia en 9 de Noviembre de 1848 al Dr. Leon Simon, de Paris, diciéndole: «He tenido un número considerable de atacados de fiebre amarilla, entre ellos mis tres colegas homeópatas que han venido del Norte de América; la fiebre en mis enfermos ha cedido en 30 ó 36 horas sin falta; ninguno de ellos ha pasado del primer período.»

En el *Diario Oficial* del estado de la Luisiana, se leia:

«Cuanto más aguda y violenta es la enfermedad, tanto más activos y poderosos son los remedios homeopáticos, como lo prueba el tratamiento de la fiebre amarilla en la epidemia del 10 de Julio al 25 de Agosto de 1849.»

En Nueva Orleans, en 1850, hubo el caso notable siguiente:

Dos hermanas de 14 y 17 años, hijas de un joyero relojero, calle de los Franceses, tercera municipalidad, murieron respectivamente el 4 y 5 de Agosto de 1850 de la fiebre amarilla tratadas alopáticamente; el 13 de Agosto solicitó el padre la asistencia homeopática para su hijo mayor, atacado de la misma enfermedad, que en tres dias salió del peligro y se restableció ántes de una semana; otro hijo de 10 años cae malo el 14; la madre, persona de edad y achacosa le sigue, así como un trabajador de 40 años que vivia con esta familia; el 16 de Agosto se declara la

fiebre en el menor de los hijos, de seis años, y en dos adultos de la misma casa, todos estaban sin haberse aclimatado, y en un foco de infeccion, como lo demuestran estos casos; pues todos se salvaron, y en ninguno pasó la enfermedad de cinco dias tratados homeopáticamente.

En este mismo año de 1850, la fiebre amarilla hizo en el Brasil un gran número de víctimas; la epidemia se declaró en la provincia de Bahía.

Rio-Janeiro se encontraba en condiciones especiales; aquel año, fué de una sequedad sin ejemplo, en el estío hizo un calor extremado, no hubo las tempestades tan frecuentes y necesarias para refrescar y purificar la atmósfera, faltaron las brisas de mar llamadas viroçoes, que reinan generalmente desde las once de la mañana hasta las cinco de la tarde, extendiéndose á larga distancia del litoral como inmenso ventilador dispuesto por la Divina Sabiduría. La llegada de los que venian huyendo del mal, aumentó la poblacion sin que se tomaran medidas higiénicas. El 15 de Diciembre de 1850 llegó al puerto el vapor *Pernambucana* dando la noticia de la aparicion de una fiebre en la provincia de Bahía, que la llamaban *polka californiana*, pero que estaba haciendo grandes extragos; tambien llega la corbeta *Don João I*, que venia de Bahía con cinco atacados y dos muertos de la fiebre, su capitan no quiso comunicar con tierra.

En fin, el vapor *L'Imperatrice* entró en el puerto el 20 de Diciembre y dió á conocer la opinion del Consejo de Salud pública de Bahía, reducida á declarar que la enfermedad no



tenia nada de contagiosa ni temible, no presentando ninguna particularidad; que atacaba los centros nerviosos y alteraba la hematosis, apareciendo con síntomas gástricos, tifoideos ó apopléticos: entramos en todos estos detalles para recordar que cuando en un país aparece una enfermedad de esta especie, por primera vez, siempre se dice lo mismo por los Consejos de Sanidad pública y por las autoridades, que se creen en la obligacion de engañarse á sí propios, no dando importancia al mal, y hasta negando su naturaleza, haciendo un daño gravísimo á la poblacion; porque diciendo la verdad, las personas de posibles la abandonarían, y quedando más libre de gentes, no sólo el mal es menor, sino que pasa más pronto porque la aglomeracion es perjudicial: así que la fuga de los unos reporta beneficio á los otros; ¿y qué sucedió en este caso? Lo que sucede en los de su especie: que el 5 de Enero de 1850, el vapor *San Salvador*, que llegó á Rio-Janeiro procedente de Bahía, traía la comunicacion oficial, fecha 1.º de Enero, de los extragos que la epidemia estaba haciendo allí, y que se contaban 20.000 atacados, creyendo que la enfermedad habia sido trasportada por un buque procedente de Nueva Orleans; hoy dia los caminos de hierro sirven para propagar las epidemias, lo mismo que los barcos.

Como las autoridades de Rio-Janeiro no tomaron precaucion alguna, fundadas en que nunca se habia conocido allí la fiebre, y en que el país era sano, el contagio vino y la epidemia se desarrolló haciendo grandes extragos.

La estadística domiciliaria del tratamiento homeopático

dió un 5 por 100 de mortalidad; la hospitalaria la dá á conocer la del Dispensario homeopático de la calle de Quitanda, núm. 61, asistido por los doctores Martins, Azambuja, Cesario y Silva Pinto en el espacio de tiempo del 25 de Febrero á fin de Abril de 1851, que ofrece la siguiente:

Número de enfermos asistidos. . . . .	3.256
Número de muertos. . . . .	227
Número de curados. . . . .	3.029

cuyas cifras arrojan un 7 por 100 de mortalidad y hay que advertir que no hubiera llegado á esa cifra si hubieran acudido todos á tiempo, ó no hubiesen recurrido ántes á remedios alopáticos; así que 56 murieron despues de la primera visita, y 52 en las primeras 48 horas de tratamiento.

Despues de cuanto hemos expuesto, escusamos los comentarios: el lector tiene los datos suficientes para escoger con conocimiento de causa lo más provechoso.

*Madrid y Octubre de 1878.*

*Angel Alvarez de Abaigo y Cuéllar.*

